

F. DÍEZ DE VELASCO - M. MARTÍNEZ - A. TEJERA (eds.), *Realidad y Mito. Semana Canaria sobre el Mundo Antiguo*. Madrid, Ediciones Clásicas - Univ. de La Laguna 1997, 251 pp.

Ha sido publicado, después de superar varias dificultades, el texto de la Primera Semana Canaria sobre el Mundo Antiguo, que reunió a once profesores universitarios en torno a la temática del mito y su realidad, y a cuyas sesiones, celebradas en abril de 1992, asistieron más de doscientos inscritos. El retraso en la aparición impresa de aquellas lecciones ha permitido a algunos de sus autores actualizar la bibliografía que entonces acompañaban en su exposición verbal, así como completar parte de la investigación entonces expuesta. Los autores pertenecen a varias disciplinas: Filología Clásica (Carlos García Gual, Hugo F. Bauzá, Marcos Martínez, Fremiot Hernández), Española (Sebastián de la Nuez), Historia Antigua (Miguel Ángel Molinero Polo, Domingo Plácido), Arqueología (Antonio Tejera Gaspar, Ricardo Olmos), Historia de las Religiones (Francisco Díez de Velasco) e Historia del Arte (Fernando G. Martín R.), lo que ofrecía a los asistentes, y ahora a los lectores, un panorama amplio del tema programado, la realidad y el mito, que podríamos agrupar en el mito en el espacio y tiempo, el mito como auxilio en la investigación histórica, su relación con algunas prácticas religiosas hindúes, o la paradoja de dos sociedades ante el mito: la que la mujer griega representaba en la antigüedad frente a algunas mujeres míticas, o la que se da en la actualidad, cuando predomina el pensamiento racionalista, y, sin embargo, el hombre sigue creando *mitos* con los actores cinematográficos entre otros personajes que alcanzan la fama.

El libro se abre con un primer capítulo, a modo de introducción, en el que Francisco Díez de Velasco trata la dualidad del mito y la realidad, cambiando deliberadamente el orden del título, y recordando el célebre libro de Mircea Eliade. Apunta su autor la nueva lectura que se puede hacer de los antiguos mitos si se intenta extraer cuanto sedimento de realidad pueda haber en ellos, y es que, contrariamente a lo que pudiera parecer desde esferas distintas a las del estudio del mundo antiguo, parece que es ahora, a finales del siglo XX, cuando más interés suscita el tema mitológico, cuando más publicaciones tratan de profundizar en su contenido y hermenéutica, o cuando la literatura más dedicación está ofreciendo a la recreación de los viejos mitos o a la innovación de algunos temas de la mitología clásica. Por otro lado, la incorporación de los métodos comparativos y estructurales, semióticos, iconográficos, etc., ha abierto la posibilidad de aceptar, sin complejos, que el

lenguaje del mito esconde algo más que «narraciones absurdas e irreales», o «desvaríos de poetas y mentes primitivas y salvajes», de tal modo que hoy es posible entender sin gran dificultad que cada época o cada generación haya considerado y considere los estudios mitológicos como una disciplina «con perfil propio y métodos refinados de análisis». Hoy no es el rito la explicación única y principal del mito. La diada mito-ritual sigue vigente como estrategia de análisis de la realidad subyacente tras algunos relatos, como paradigma de comportamiento en el ritual iniciático. Pero hoy ésa no es ya la única explicación. En efecto, con el avance del tiempo el hombre ha ido reelaborando los mitos de tal manera que ha llegado un momento en la historia de cada mito en el que su narrador ha olvidado las causas que los generaron e, incluso, la tradición mítica le resulta ya incomprensible. Pues bien, en este contexto, Díez de Velasco apunta cómo el mito funciona no sólo para justificar ciertamente el rito (caso de los misterios de Eleusis, por ejemplo), sino, además, para ser propuesto en ciertas épocas como paradigma del comportamiento que los integrantes de una sociedad han de seguir (caso de los héroes de la guerra de Troya considerados en tiempos de Alejandro), o, al revés, ser propuestos como antimodelos para que los integrantes de la sociedad se cuiden de no imitarlos (caso del rey romano en época republicana).

A estas nuevas lecturas de los mitos clásicos se añade el testimonio de la investigación iconográfica, de la que el autor de este primer capítulo enumera varios ejemplos y en la que se enmarcan los estudios presentados por Ricardo Olmos, A. Tejera y J. Hernández, y Miguel Ángel Molinero. Mas el mito también ha servido —continúa Díez de Velasco— para prestigiar ciudades, familias, santuarios o fundamentar alguna argumentación filosófica (Platón), e, incluso, inventar nuevos mitos. Finalmente, Díez de Velasco trata de sintetizar las sendas que pueden ayudar a encontrar cuánta realidad hay en los mitos, a plantear cómo nuevas lecturas de aquellos mitos antiguos ofrecen hoy una mejor comprensión de sus significados y cómo su lenguaje, diferente al lenguaje común, permite expresar «otras realidades» que la «razón» —que la explicación racional— no alcanza. Y es que allí donde la investigación científica se detiene, al menos por un tiempo, cuando el conocimiento del hombre momentáneamente se paraliza, el lenguaje mítico le ayuda a mantener la aspiración a alcanzar una comprensión totalizadora del mundo.

El segundo capítulo está dedicado al análisis de las «islas míticas», concepto que su autor define como aquella isla en la que «el mito juega un papel importante en su historia o en la que se desarrolla por completo un determinado mito». Marcos Martínez diferencia este concepto de otras acepciones

que el autor ha clasificado y definido en otros estudios sobre nesonimia y sobre los que anuncia su intención de completar, advirtiendo que ofrece una tipología literaria de las islas que está sujeta a cambios y alteraciones, al hallarse en curso de investigación. Y es que resulta que en la clasificación de los distintos tipos de mitos, leyendas e historias que se han contado acerca de las islas los investigadores han discrepado abiertamente hasta el punto de que en un mismo mito que tiene por localización, al menos literaria, una isla, ésta es clasificada por unos como isla fantástica, por otros como isla utópica, o flotante, paraíso, perdida, mágica, etc. El autor propone, por ejemplo, que las que algunos denominan islas fantásticas, legendarias o míticas como son los casos de Brasil, San Brandán, Antilia, Siete Ciudades, Satanazio, etc., sean llamadas islas «fantasmas», porque nunca han existido y han ido desapareciendo de los mapas conforme progresaba el conocimiento del mundo y se comprobaba su inexistencia. Para el autor son islas «legendarias» aquellas que conservan indicios de verosimilitud, pero son aún de difícil localización (Tule, Cerne, etc.); «fantásticas» serían aquéllas en las que ocurren fenómenos inverosímiles. A su vez, generalizando, indica el autor que cuanto sobre las islas míticas se pueda estudiar cabría encuadrarlo dentro del género literario de la geografía mítica, entendida como «la geografía que acompaña al mito y las fabulaciones o idealizaciones de lugares reales» o el espacio real o imaginario que acompaña, condiciona, recrea o caracteriza la narración mítica (según definición de Cruz Andreotti). Tras esta detallada exposición y clarificación de conceptos, el autor limita su exposición a analizar cuatro aspectos de las islas míticas: a) la mitología de islas reales (Creta, Esciro...); b) islas de dioses y héroes (de Apolo, de Perséfone...); c) islas de origen mítico por metamorfosis (Egina), surgidas desde el fondo marino (Rodas) o caídas del cielo (Asteria-Delos), etc., y d) islas propiamente míticas (Islas de los Bienaventurados, Eritía, Hespérides...). El análisis del autor ofrece tal riqueza de matices y de posibilidades de una interpretación más adecuada de esta parcela del mito *insular* y su realidad, que concluye en la idea, ya avanzada por algún estudioso, de la constitución de una *nesología* o ciencia de las islas.

El catedrático de Filología Latina de la Universidad de Buenos Aires Hugo F. Bauzá ha analizado tres mitos del imaginario clásico, después de repasar los conceptos de utopía, eutopía y eucronía. Los temas míticos desarrollados son los Campos Elisios, las Islas de los Bienaventurados y la Arcadia. En los tres el autor hace un seguimiento de los principales textos que hacen mención de esos temas y es a la Arcadia al que dedica una atención especial en este artículo, de forma que es analizada en su doble vertiente geo-

gráfica o real, de un lado, y mítica o poética, de otro. El profesor Bauzá es autor de una monografía alusiva a estos temas.

Domingo Plácido ha titulado su estudio «Control del espacio y creación mítica: los mitos griegos sobre los extremos del mundo», en el que ha analizado cómo el mito puede reflejar la realidad de un mundo histórico, social y económico, al mismo tiempo que el mismo mito puede servir para ocultar esa realidad, enmascararla o trasponerla a un mundo en que el hombre pueda asumir, sublimados, los elementos más conflictivos de su propio mundo. En esta línea recorre algunos mitos situados en los extremos del mundo, como los de Quimera, Gorgonas, Argos, Hermes, Gerión, etc., para concluir que este tipo de mitos, no situados en lugares geográficos específicos, reflejan una realidad de manera dúctil y ambigua «para permitir crear la ilusión del control». Es una función más del mito, la de infundir la ilusión de control imaginario, la que en los casos analizados se puede observar: es, con sus propias palabras «la eficacia ideológica del mito como creación intelectual vinculada a un época».

El mito de Habis, su origen y complejidad, es tratado por parte de Antonio Tejera Gaspar y Jesús Fernández Rodríguez en una puesta al día de la cuestión muy clarificadora, de forma que su lectura permite tener una síntesis del problema tartésico y de cómo el método de investigación propuesto puede ayudar a comprender el mito y la estructura política de la sociedad «andaluza» que los fenicios encontraron al colonizar algunas tierras del sur de Iberia. Junto a los textos que refieren datos de aquella sociedad, los autores argumentan cómo el repertorio iconográfico de la época tartésica e ibérica puede contribuir a la articulación del mito de Habis, porque los símbolos y mitemas de las imágenes permiten actualmente avanzar una interpretación. Si bien los datos no son suficientes y en algún caso podría ser dudosa su vinculación al mundo tartésico, la vía analógica en la interpretación iconográfica podrá ayudar, ciertamente, a comprender algunos fenómenos que se hallan en el mito y que aún hoy permanecen incomprensidos.

Ricardo Olmos analiza también algunos aspectos de la mitología ibérica anticipando que resulta hoy aún muy difícil historiar aquel período. Acude, como en el capítulo anterior, al estudio de la iconografía y trata de sacar algunas conclusiones de las inmensas posibilidades de lectura que en el campo de la mitología ofrecen los propios documentos. Para ejemplificar su propuesta toma como ejemplo el gran Vaso de los Villares, cuya interpretación se ve facilitada con la lectura de un pasaje de Tito Livio (28, 21). El mismo método se expone en otros ejemplos como el de los relieves de Pozo Moro

y Porcuna. Extenso artículo y muy ilustrativo de las posibilidades de narración mítica que se puede extraer de los símbolos que las imágenes conllevan, de tal forma que el profesor Olmos propone un esfuerzo por descifrar los códigos del lenguaje que están inmersos en la narración, porque está claro que «el mito implica siempre un modo específico de narrar», que en el caso del lenguaje ibérico se caracteriza por su tendencia al signo simbólico, la metamorfosis de esos signos, su intercambiabilidad y su lenguaje paradójico.

Gran interés tuvo en su momento, y la tiene hoy para los estudiosos de los mitos, la exposición que el catedrático de Filología Latina de la Universidad de La Laguna, Fremiot Hernández González, hizo de la leyenda de San Borondón, así titulada por ser «Borondón» el nombre con el que se conoce en Canarias la versión de la vida y navegación del abate irlandés Brandán o Brandano. Pues bien, cuestiones relativas al origen y momento de creación y divulgación de la leyenda, relación de lugares que pretenden aún hoy haber sido visitados en aquella remota época medieval por el santo y sus compañeros, versiones de la leyenda, manuscritos conservados y perdidos, etc., son expuestos en una esforzada y meritoria síntesis que refleja la copiosa documentación y profunda reflexión que sobre esta leyenda, como su autor prefiere seguir denominando al conjunto de estas narraciones, se ofrece en este capítulo.

Al mito de «el buen salvaje» en la literatura canaria está dedicado el capítulo de Sebastián de la Nuez, quien analiza en primer lugar la polémica que sobre este tema sigue planteada, para, seguidamente, decidir hablar con más coherencia de la figura del aborigen, mejor que la del «buen salvaje». E inicia su exposición por el canónigo poeta Cairasco, no para hablar de un héroe mítico, o de una heroína, sino de un espacio, de un lugar, ya real, geográfica y perfectamente localizado y conocido, que, no obstante, conservaba aún cuanto de mito los antiguos latinos habían atribuido a cualquier lugar considerado un *locus amoenus*. Se refiere al bosque de Doramas, el héroe primitivo, de indudable realidad histórica. Tras él, analiza las figuras aborígenes de las que habla otro poeta, Antonio de Viana, como son los casos de Bencomo, Tinguaro o Cuacimara, que son «literaturizados», idealizados de forma que su realidad de tiempo neolítico y de cultura pastoril y primitiva es trasladado al ambiente social y cortesano de su propia época. Otro mito es objeto de análisis según la obra de autores posteriores: el de Dácil y Castillo, la aborigen y el conquistador. Este mito que cuenta con distintas versiones se convierte en símbolo de quien mira hacia oriente, de donde vienen los primeros

pobladores, y hacia occidente, donde «yace el continente perdido de la Atlántida».

Miguel Ángel Molinero ha analizado el tema de la «cartografía egipcia en el Más Allá», interesándose por los textos e imágenes de los libros funerarios del Reino Medio, y, en concreto, de los textos de los sarcófagos, los cuales, a diferencia de los textos de las pirámides del Reino Antiguo, resultan más ricos, porque en aquéllos texto e imagen transmiten un mensaje indisoluble. Tras una breve introducción se centra en los distintos tipos de lugares representados: campos de cañas, de ofrendas, etc. Entre las características del mito egipcio el autor destaca la íntima relación existente entre la vida de la tierra y la concepción humana del mundo, porque el regreso cíclico de la naturaleza, las inundaciones del río Nilo, en un tiempo real, que provoca la conversión temporal del suelo egipcio en numerosas islas, sería la razón que explicaría que su Más Allá estuviere compuesto por islas.

Carlos García Gual ha centrado su atención en el contraste entre el papel histórico de la mujer en la Grecia Antigua, limitado al servicio doméstico, a la reproducción y cuidado de los niños, y el de la mujer en algunos mitos. Ejemplifica ese contraste con las figuras de Clitemnestra y Casandra, dentro del ciclo troyano, y de Antígona, dentro del ciclo tebano. Pues bien, el autor ofrece al lector una nueva lectura de estos viejos mitos, de forma que frente a la sumisión y silencio a los que la mujer está reducida socialmente, el mito transmite la capacidad de estas heroínas para la rebeldía. En resumen, García Gual subraya la lección trágica de estas heroínas en paralelo con el mínimo papel que el orden social les reconoce en la práctica histórica de la época, de tal forma que sólo en la representación dramática, sólo sobre el escenario de un teatro griego, sólo como espectáculo, al que la mujer además no íasistía, podía ésta desarrollar su propia y personal capacidad, y convertirse, en su caso, en gloriosa heroína, en rebelde contra el orden social, pero, a fin de cuentas, heroína de tragedia. Paradoja de la Grecia Clásica.

Díez de Velasco se ha ocupado de relacionar el origen y papel de algunos adivinos griegos (Tiresias, Branco, Melampo) con algunas prácticas del tantrismo. El autor observa cinco coincidencias: serpiente, ascensión, luz, sexo, desarrollo personal superior. Concluye que a la luz del ejemplo hindú el mito griego de los adivinos cobra un significado nuevo y se explica en parte. Sin embargo, no afirma que ambas tradiciones remonten a una fuente común ni que entre ambas exista una relación de préstamo, sino más bien cabría pensar en modelos semejantes para caracterizar experiencias religiosas extraordinarias.

Cierra el libro una pequeña reflexión sobre los mitos cinematográficos de este siglo, a los que se define como los iconos de los modernos templos de la fama; son la divinización que resulta de concentrar un conjunto de situaciones y conductas imaginarias, propias de personajes sobrehumanos, héroes o dioses, trasladado a los actores de cine. «La tecnología —concluye Fernando G. Martín— favorece el proceso mítico que, por primera vez, alcanza a la mayoría de las culturas del globo».

En resumen, el libro es un concentrado panorama de temas míticos que han sido desarrollados desde la perspectiva de la realidad, bien para averiguar cuánto mito puede haber en un espacio, época o imagen, bien para indicar cuánta realidad puede esconderse detrás de un mito.

Luis Miguel PINO CAMPOS,
Universidad de La Laguna.

JOSÉ GONZÁLEZ VÁZQUEZ, *La poética ovidiana del destierro*, Universidad de Granada 1998, 135 pp.

A lo largo de este denso libro el Profesor González Vázquez lleva a cabo un muy logrado estudio acerca de la poesía escrita por Ovidio durante los días amargos de su destierro. Con gran conocimiento de causa el investigador español se adentra en los vericuetos íntimos del poeta cuya conversión personal y estética son penetradas con tal hondura que dejan en el ánimo del lector una impresión notable. Con este libro, la poesía del destierro de Ovidio recibe una iluminación más justa. No cabe discutir al profesor González Vázquez la defensa a ultranza que hace del «nuevo estilo» para colocar en su dimensión más propia la serie de poemas que tan lejos de su Roma escribe Ovidio. Su mundo añorado, su memoria de los otros autores que le auxilian con su palabra, los afectos familiares dejados atrás, el consuelo hallado en la poesía que vivifica dramáticamente la *utilitas*, la apuesta decidida por el *ingenium*, la utilización consciente de los resortes más «barrocos» de la lengua que revelan la tribulación y el horizonte existencial que ha de ser vivido tan amargamente por el poeta, son estudiados con todo rigor a lo largo de estas páginas en las que el investigador da pruebas spradas de sus conocimientos. Efectivamente, tanto en las cuestiones de fondo como en las de forma, el profesor González Vázquez hace una brillante demostración de saberes, expuestos con sobriedad y exhaustividad, logrando que el lector conozca un aspecto ciertamente no de